

8. La República Liberal

El orden político

Al periodo que se inicia con la consolidación de la organización nacional y termina en 1916 con el ascenso al gobierno del radicalismo se le suele llamar la república conservadora o como dice Natalio Botana (2012) el orden conservador. Pero muy al contrario, se trató de un periodo de progreso y de grandes transformaciones. Quizás, los autores que se inclinan por esta denominación lo hacen porque los partidos y sectores políticos dominantes de esos tiempos convergieron luego hacia algunos partidos provinciales o nacionales que se llamaron conservadores.

Otra calificación, la de oligárquica, es más aproximada, ya que el poder lo ejercía una minoría que detentaba casi todos sus resortes: la economía, los partidos que confrontaban o tejían alianzas según el caso, la justicia, el ejecutivo, el congreso, el ejército y la prensa. En efecto, en ese periodo los dirigentes surgían del seno de las familias del poder, muy vinculadas entre sí, o algunas veces eran reclutados entre quienes mostraban capacidad y fidelidad a un dirigente o grupo importante del poder (Gallo y Cortés Conde 2005).

Se trataba del gobierno de una minoría, que aunque advocaba su adhesión al sistema democrático y republicano, por la falta de apego de las mayorías a sus valores y a sus líderes debía retener el poder por la exclusión y la fuerza. En este sentido, enfrentaba el mismo dilema en el que se habían encontrado atrapados los unitarios medio siglo antes y que persistió en nuestra historia al menos otro siglo más.

Lo expresaba claramente Juárez Celman poco después de asumir la presidencia que, como no era excepcional, había sido ganada mediante elecciones amañadas y fraudulentas. Decía claramente que no creía en el sufragio universal porque consultar al pueblo era siempre equivocarse porque solo tiene *opiniones turbias*. Y en el colmo de la hipocresía, se lavaba las manos diciendo que si había habido fraude, lo habían hecho los partidos, pero no el Poder Ejecutivo Nacional (Pigna 2018).

Los candidatos a todas las posiciones elegibles se decidían en conciliábulos en los círculos influyentes, no muy distinto de cómo se hace ahora. Salvo cuando los contendientes tenían fuerzas parecidas, el sistema electoral permitía el fraude y si era necesaria, la violencia. Es decir, se ganaban algunas elecciones en forma más o menos transparente y otras con el concurso de la policía y de cuchilleros que llegado el caso discriminaban a los votantes, votaban por ellos o más organizadamente mediante padrones truchados con votantes inexistentes.

Para el que ganaba estaba todo bien, pero el que perdía generalmente se sublevaba o lo hacía ya antes, previendo que el otro bando tenía arreglada su victoria. Por eso, muchas de las frecuentes asonadas estuvieron vinculadas a procesos electorales, aunque

algunas tuvieron causas más profundas como el primer gran sacudón del sistema que fue la Revolución del 90. De ahí en adelante, las revueltas fueron casi siempre organizadas por el radicalismo. Este partido, a diferencia de los tradicionales, tuvo desde un principio una estructura moderna y participativa. A pesar de ello, su conducción fue inicialmente la de un sector de la clase gobernante y solo poco a poco fue incorporando a elementos de la nueva clase media.

Pero aun en los casos en que no se hacía fraude, la estructura social favorecía la exclusión de las masas populares. El sistema electoral estaba cerrado para las mujeres y para los extranjeros que eran una fracción importante de la población. Entre 1910 y 1914, de los hombres en edad de votar en Buenos Aires, los extranjeros eran nada menos que un 60 o 70% (Gallo y Cortés Conde 2005). Además como ya mencionamos, los analfabetos eran la gran mayoría, todavía el 85% en 1880. Así la masa electoral que participaba era relativamente pequeña y fácil de controlar.

No debe asombrar entonces la escasa proporción de votantes que en 1876 solo en pocas provincias llegó al 20% de los habilitados y en Buenos Aires a solo el 8,4%. En 1904 esto no había cambiado mucho y en la misma Capital Federal, con una población de alrededor de un millón de habitantes, los empadronados eran tan solo 28.705, de los cuales votaron en las elecciones de diputados 16.256 (Gallo y Cortés Conde 2005). Los empadronados no solo eran una minoría de la población habilitada legalmente para votar, sino que además se encontraban coaccionados por los jefes y caudillos locales ya que el voto no era secreto. Esto era todavía peor para la población rural, cuyo vínculo único o principal con el mundo urbano era generalmente a través de sus patronos

¿Cómo llamarla?

Este escenario de exclusión, fraudes y alzamientos podría justificar el llamar a este periodo como la república violenta o la república cuchillera. Pero eso no haría justicia al progreso que se registró en otros órdenes de la vida nacional, e incluso en el institucional que finalmente desembocó en las elecciones sin trampas de 1916.

Llamarla oligárquica también se presta a confusión porque en la Argentina de nuestro tiempo se identifica oligarca con terrateniente. Aunque buena parte de los sectores gobernantes de ese tiempo eran a su vez terratenientes, su identificación como clase era más por su prosapia y pertenencia familiar que por su poder económico. El mismo Roca, que fue la figura política más influyente durante 30 años, tuvo un origen económico bastante modesto, pero muy vinculado familiarmente (Luna 1989). Menos pobre, pero tampoco gran terrateniente y mucho menos vinculado familiarmente, fue Carlos Pellegrini, hijo de un emigrante italiano.

Algunas figuras criollas o extranjeras sin larga tradición familiar llegaron a formar parte de la clase gobernante debido a su éxito económico o militar y hasta, en algunos casos, cultural. Lo cierto es

que no queda muy claro que la clase que detentó el poder en ese periodo fuera demasiado cerrada y seguramente no se trató de una casta, ni siquiera en el sentido aproximado del término.

La denominación de conservadora, ya vimos que parece inapropiada, por lo que nos quedamos con la de liberal que utilizó José Luis Romero padre (1990). Parece finalmente la más apropiada porque, excepto por la ausencia de un verdadero orden democrático, se trató de un periodo en el que prevaleció entre los gobernantes una visión y gestión marcadamente liberal en los aspectos económicos¹, sociales y culturales.

La conformación de una clase gobernante nacional

Las familias de las burguesías provincianas eran tan pocas, que resultaba virtualmente imposible que, en cada ciudad no estuvieran vinculadas por lazos, familiares o profesionales o simplemente de amistad, y con el correr de los años se fueron vinculando cada vez más con las de otras provincias y con las de la burguesía porteña.

Este proceso se intensificó después de la Independencia. Los escasos colegios secundarios de calidad fueron un lugar donde se amalgamaron amistades entre jóvenes de la burguesía de todo el país; en el Colegio Nacional de Buenos Aires, como se puede apreciar en las páginas de *Juvenilla* (Cané 1999), y en el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay se formaron generaciones de todas las provincias. También la actividad militar hizo su parte en esta integración de la burguesía nacional. El ejército fue un lugar de confraternidad entre oficiales de distinto origen durante la guerra de la independencia, las guerras contra el Indio y contra Paraguay y hasta en las luchas civiles.

La conformación de una burguesía de alcance nacional ayudó a dejar atrás el viejo conflicto entre Buenos Aires y las provincias. Consolidó una clase dirigente bien definida (San Román 1992) como nunca antes ni después se dio en el orden nacional y fue posiblemente una de las razones que permitió concretar la visión transformadora de la generación del 80.

Corrupción

Este periodo de nuestra historia, notable por el progreso económico, la creación de instituciones básicas del Estado y otros logros no menos importantes como el sistema educativo que fue ejemplo continental durante un siglo, tuvo sin embargo el baldón de una corrupción desenfrenada.

Sarmiento fue el más destacado crítico de la corrupción gubernamental durante la primera presidencia de Roca. Peña (2014) dice que la de Sarmiento hizo la mejor descripción del nepotismo

¹ Eso no impidió, el necesario crecimiento del Estado, e incluso su involucramiento en actividades económicas como en el caso de los ferrocarriles y del sistema bancario.

del primer gobierno de Roca. Y al parecer también la más chispeante, porque se tomó la libertad de usar el verbo *atalivar* en lugar de coimear en un justo y merecido homenaje al hermano del presidente, Ataliva Roca, quien según Sarmiento tenía fama de ser sin disputa el más grande coimero de su tiempo (Peña 2014). En un artículo (El Censor del 18 de diciembre de 1885) criticando la entrega de tierras fiscales a precios ocho veces inferiores al de su valor, Sarmiento también usa Ataliva como sustantivo común: *Al paso que vamos, dentro de poco no quedará un palmo de tierra en condición de dar al inmigrante y nos veremos obligados a expropiar lo que necesitamos, al doble de su valor a los atalivas.*

En el capítulo 7 nos referimos a las donaciones de tierras que siguieron a la Campaña del Desierto, incluyendo la que el Congreso le otorgó al mismo Roca siendo presidente por nada menos que 45.000 hectáreas de buena tierra en la provincia de Buenos Aires. La entrega gratuita o a precio vil de la tierra fiscal siguió siendo una práctica común bastante después de la Campaña del Desierto. Para evitarla, cuando Carlos Pellegrini asumió la presidencia decretó que toda donación o venta de tierra fiscal debía requerir la firma del presidente de la República.

A pesar de ello, se ignoraba el decreto y se seguía con los negociados. Siendo interventor en la provincia de Buenos Aires en 1893, Lucio Fidel López descubrió una venta fraudulenta de tierra por parte del coronel Carlos Sarmiento², secretario privado del ministro de Guerra, quien la había comprado al Estado sin pagarla. Aunque en medio de un gran escándalo, Carlos Sarmiento estuvo preso algunos pocos meses, la justicia, que desde antiguo en la Argentina ha sido muy benevolente con los delincuentes de guante blanco, terminó absolviéndolo. Con este aval, el coronel desafió a duelo a Lucio Fidel López, quien murió días más tarde por las heridas recibidas³.

Entre las muchas denuncias de D. Sarmiento, la más desopilante es quizás la de la indemnización a los soldados de la Independencia. Decía: *cuando se reconocieron en Perú los secuestros españoles, se despertó una honradez tal, un deseo de pagar deudas de la Independencia, que se abrieron oficinas públicas para anotar acreedores con ordenes falsificadas de San Martín, en papel amarillento, inventadas hasta la suma de sesenta millones; y como se pagaba a los guerreros de la Independencia, también (que había guano para todos) incluyéronse treinta mil soldados que no existieron* (El Censor del 1 de diciembre de 1885). Se trató sin dudas de un enorme fraude; San Martín había cruzado los Andes con un ejército de apenas 7.000 hombres.

² Aunque también sanjuanino y contemporáneo, no tenía parentesco con Domingo F. Sarmiento.

³ El duelo era considerado un delito menor, aun cuando tuviera un desenlace fatal, y el coronel no fue preso por la muerte de Lucio Fidel López. Varios años después encabezó una revolución en San Juan, se apoderó de la gobernación y aunque después fue destituido, terminó ganando las elecciones y fue gobernador por algunos años.

La presidencia de Juárez Celman, concuñado de Roca, fue posiblemente el periodo de mayor corrupción de la historia independiente del país, lo que no es poca cosa. No fue algo inesperado, como ya denunciaba Sarmiento respecto de la corrupción roquista: *el sistema que es el monopolio de todas las obras, hasta la leña de los ferrocarriles y adjudicación de tierras, tiene su modelo en Córdoba* (donde Juárez Celman era gobernador) *donde han sido dadas por el gobierno sin licitación como manda la constitución a un solo empresario las aguas corrientes, el gas, la construcción del puente, el canal de irrigación, las tierras del Sud* (El Nacional, 2 de julio de 1883).

Los diarios de la época estaban en general al servicio de algún líder político o de una facción y sus denuncias pueden ser sospechadas de falsas o parciales. Por eso Verónica Giordano (2000) cita los comentarios sobre el periodo juarista del diario *The Times* de Londres, algunos de los cuales reproducimos. En mayo de 1890 el diario comentaba el descubrimiento de contrabandos escandalosos señalando que la magnitud de la deshonestidad era la envidia de los corruptos del Viejo Mundo, sugiriendo que la función pública había sido excepcionalmente productiva para los ministros argentinos. En otro artículo, *The Times* reproducía la acusación al Banco de Córdoba por haber prestado arbitrariamente 30 millones de dólares a los adictos a Juárez Celman. Refiriéndose a la crisis económica de 1890, decía que en el mercado de valores primaba la idea que el Presidente era corrupto y que esa era la causa del descalabro de las finanzas.

Aunque esto último fuera en parte cierto, cabe mencionar que los analistas económicos atribuyen la crisis que mantuvo al país en default por cuatro años a la enorme deuda externa tomada desde 1880 para impulsar la obra pública, especialmente las obras sanitarias y el puerto de Buenos Aires, la construcción de la ciudad de La Plata y las garantías para las inversiones en ferrocarriles⁴. La deuda no se pagaba con los saldos del comercio exterior que eran negativos, sino con nuevos préstamos y refinanciamientos hasta que cundió el pánico y se cortó el crédito. Digamos de paso que según las denuncias de la época, la obra pública fue también una gran oportunidad para las coimas⁵ y que los empréstitos con la banca extranjera, mayormente inglesa, eran la fuente de jugosas comisiones para gestores e intermediarios muy vinculados con el poder político local⁶.

No fue hasta que el desgobierno de Juárez Celman llevó al país al borde del colapso que se produjo la reacción pública que

⁴ El gobierno garantizaba a las empresas ferroviarias, prácticamente todas inglesas, el 7% de ganancia anual.

⁵ Cuando se trató la sucesión de Roca en 1886 en el gobernante Partido Autonomista Nacional, Mitre objetó a Dardo Rocha, quien había lanzado su candidatura, por lo que consideraba un manejo poco transparente del gobierno de la Provincia de Buenos Aires (Gallo y Cortés Conde 2005).

⁶ Victorino de la Plaza, después presidente, fue uno de los más conspicuos.

desembocó en la Revolución del 90. Mientras tanto, la complicidad de algunos y la tolerancia generalizada fue la constante predominante, en la que ya estaba implícita la futura máxima: *roban pero hacen*.

La tolerancia a la corrupción llamaba la atención de los extranjeros, como por ejemplo la de Genaro Bevione (1955) ya mencionado en el capítulo 2 o la de un diario inglés que decía que había decenas de hombres de gobierno que habían sido acusados de corrupción tal, que en un país civilizado ya habrían sido penados con cárcel. Continuaba diciendo que ninguno había tenido que enfrentar la justicia y que Celman mismo estaba en libertad y nadie hablaba de castigarlo (Citado por Pigna 2018).

Detrás de la tolerancia a la corrupción no es difícil descubrir las ideas colectivas formadas durante la Colonia y consolidadas en el periodo independiente. Por una parte, la creencia que la inmensa inagotable riqueza natural podía soportar cualquier latrocinio sin afectar a nadie en particular. Y por otra parte, originada en la primera, la naturalización de que el Estado podía beneficiar a los miembros de la clase detentora del poder, sin que por eso se lo considerara delictivo o siquiera un abuso. Recordemos una vez más al Congreso otorgando 45.000 hectáreas al presidente en ejercicio.

La impunidad se veía reforzada por las complicidades y las vinculaciones que eran obviamente muchas entre los miembros de la reducida clase gobernante. Mientras a la corrupción ni siquiera se la llevaba ante la justicia, tampoco se era riguroso con las asonadas y sublevaciones fallidas a las que se las castigaba levemente, y al poco tiempo cuando convenía, se las indultaba. Atrás habían quedado los feroces enfrentamientos entre federales y unitarios y la limpieza de los últimos caudillos montoneros, y en su lugar campeaba para la gente "bien" una lenidad permisiva en todos los órdenes.

Con la consolidación del Estado y de su monopolio de la fuerza, la propiedad rural se vio libre de indios, de montoneras y de los ejércitos que los reprimían y que a veces eran igual o más onerosos para las estancias. Después que el alambrado redujera la necesidad de peones como ya hemos explicado en el capítulo precedente y que la campaña se viera libre de la amenaza de indios y bandoleros, el manejo de la estancia se vio facilitado de modo que sus propietarios, aun los menos ricos, lo podían delegar sin mayores preocupaciones en un mayordomo para dedicarse a viajar o a la vida política. La creciente valorización del ganado contribuyó también a aumentar la renta y si había habido ya una tendencia a la vida rentista como subproducto cultural de la ganadería, nunca fue tanta como en la República Liberal.

Ese era el paisaje al que se asomaban la clase media conformada por los parientes pobres de los terratenientes y por la ascendente inmigración. Hasta entonces había bastado la pertenencia familiar para ser parte de la clase dirigente y gozar de sus privilegios. Ahora, era cada vez más claro que la sola riqueza podía significar renta sin responsabilidad con independencia de la pertenencia o no a la clase

dirigente (BOX 8.1). El premio era muy grande y los riesgos mínimos como para que gentes de todas las clases no buscaran enriquecerse desafortunadamente, incluso por medios no muy honrados.

A eso se refería, cuando no, un desilusionado Sarmiento en época de Roca, quien decía que la República no tenía una vigilante opinión pública ni ciudadanos, los que habían sido educados en tiempos de la Tiranía (Al parecer, todavía había margen para culpar a Rosas después de 30 años). De los inmigrantes decía que eran corruptos *sin patria allá ni acá* y sin otro interés que hacer dinero de cualquier modo. Terminaba manifestando el desagradable chasco que había sido la inmigración extranjera (citado por Campobassi 1962).

BOX 8.1. Dinero, poder sin responsabilidad

Cuando se trata de las propiedades del dinero, generalmente se enumeran tres: medio de pago, reserva de valor y unidad de cuenta. Los dos primeros términos se explican por sí mismos; la unidad de cuenta significa que el dinero tiene un valor convenido con el cual se establece el precio de los bienes y servicios en el país o región donde se lo utiliza. Cabe agregar una cuarta propiedad, el dinero es poder, porque con él se logra que otros nos brinden los bienes y servicios que deseamos; poder en la comunidad donde circula, que en la actualidad es virtualmente la humanidad entera.

Se trata de una forma sutil y sumamente eficaz de poder porque hoy, a diferencia de otras de las formas de poder, no implica obligaciones. Por eso el atractivo que despierta y el consiguiente interés por apropiarlo y acumularlo.

La globalización de la sociedad humana y las formas modernas del dinero, papel moneda de los distintos países convertibles entre sí, tarjetas de crédito, dinero electrónico, etc. permiten que por ejemplo el viajero sea atendido en todos sus requerimientos y necesidades en cualquier ciudad del mundo y hasta en las más remotos rincones del planeta o que con él se adquieran los bienes y servicios que demandan o demandaron el trabajo de numerosos trabajadores. En una palabra, el dinero es un crédito que se tiene respecto de toda la humanidad con el cual se compran sus servicios y su trabajo; *poderoso caballero es Don Dinero*.

Otros tipos de poder conllevan peligros y responsabilidades. En todas las organizaciones sociales, desde la horda humana y prehumana hasta el Estado moderno, las otras formas de poder han sido el resultante de una mezcla variable según los casos de consenso y violencia. El consenso implica obligaciones; la violencia, peligro y vigilancia. Un caso extremo de esto último es el del dictador paranoico que se ha repetido a lo largo de la historia en muy diversas sociedades. En su caso, el precio del poder es la permanente inquietud por su seguridad, la desconfianza y como

resultado el aislamiento afectivo de su entorno y hasta de la propia familia. La paranoia del dictador, cuando este es incapaz de controlarla, lo lleva a un creciente aislamiento social en una suerte de auto condena que acelera su locura y da lugar a una espiral de violencia hacia su entorno y más allá hacia todo el cuerpo social. Sobran ejemplos, desde Qin Shi Huang, el unificador de China, o los emperadores romanos, a Iván el Terrible y a tantos otros de los que no está exento nuestro tiempo.

Hasta no hace más que pocos siglos, el poder dependía en gran medida de la violencia, aunque también descansaba generalmente en cierto consenso dictado por la conveniencia de todos o de algunos sectores sociales y en los valores y las creencias culturales y religiosas; todos estos factores generalmente entrelazados y reforzados mutuamente. Era el caso de las sociedades feudales, donde la propiedad se apoyaba en el derecho de conquista y la clase dominante era primordialmente militar con las responsabilidades que ello implicaba en el juego continuo de conflictos de todo tipo. Así en el entramado socio político, los pequeños señores debían auxiliar militarmente al gran señor, al que debían lealtad en la defensa y la conquista según correspondiera y este a su vez al rey, duque o lo que fuere según el caso. Este sistema se sustentaba en ciertos valores imprescindibles que debían ostentar la elite gobernante, básicamente valentía y lealtad, valores que se sintetizaban en el concepto del honor. Obviamente, esa sociedad violenta dejaba poco espacio a las mujeres que se presumían sin fuerza para defender los privilegios del poder, por lo que generalmente no tenían derechos hereditarios y dependían económicamente de los miembros masculinos de la familia, padres, esposos, hermanos u otros parientes.

Ni aun ahora, el poder, excepto el del dinero, es gratuito, el tirano o el gobernante absoluto está siempre amenazado por las conspiraciones, el dirigente electo debe rendir cuenta periódicamente a sus electores y continuamente a los factores de poder que lo encumbraron o lo toleran, el militar debe arriesgar su vida, el empresario está supeditado al mercado y sus fluctuaciones y debe responder con creatividad, lobby y astucia, y así siguiendo con cualquier otra forma de poder.

Pero tampoco las primeras formas del dinero, estuvieron exentas de la obligación de defenderlo, muchas veces en forma violenta. Los metales preciosos y las monedas acuñadas con ellos, al igual que el papel moneda más reciente en la historia y la propiedad en general se podían robar o ser el botín del pillaje de ejércitos y bandoleros. Su posesión como reserva de valor en un marco jurídico endeble requería del involucramiento personal para su defensa o de compromisos y responsabilidades sociales. El que poseía dinero, o más ampliamente capital, debía defenderlo por sí mismo hasta que llegó el monopolio de la fuerza por el Estado y la bancarización, procesos que se profundizaron y completaron en el siglo XIX.

Cuando los bancos constituyeron redes de cooperación internacionales se hizo evidente que el dinero era en definitiva un

crédito que se tenía respecto de una amplia comunidad, que hoy ya abarca al mundo entero. A la masiva bancarización, se sumó una creciente regulación institucional y jurídica y sobre todo su mayor aplicación mediante el monopolio de la fuerza por el Estado. Este brindó a sus súbditos mayores garantías para vivir en un orden con poca exposición a la violencia, la que fue quedando restringida a la nunca erradicada criminalidad y a los periodos de guerras y revoluciones. El monopolio de la fuerza por el Estado también le dio al capital y especialmente al dinero una nueva entidad: poder sin responsabilidad. Ciertamente que en compensación, en el mundo volátil que imperó desde entonces, las fluctuaciones de las monedas y otros activos han requerido de la constante vigilancia de sus tenedores para su conservación o acrecentamiento.

En resumen, en las sociedades democráticas actuales el poder emanado del dinero no implica ninguna responsabilidad. Su solo precio es que en muchos países existe la obligación de la tributación, contraprestación relativamente modesta cuando se la compara con el beneficio del sistema jurídico y el monopolio de la fuerza por el Estado que garantizan la propiedad privada. Estos beneficios institucionales y los generados por la ciencia y la tecnología, relativamente recientes en la historia humana, se dan por descontados y se ignoran o se olvidan con frecuencia como lo señala Ortega y Gasset (2004)

El proceso por el cual el Estado pudo garantizar la seguridad de las personas y sus bienes fue más tardío en Argentina que en Europa y solo se concretó, abarcando todo el país y como hoy lo entendemos, durante la República Liberal. Al mismo tiempo, se simplificó la ganadería que se volvió prácticamente una actividad rentista y se expandió el sistema bancario como consecuencia de la mayor inserción económica en el sistema productivo internacional. Para horror de los viejos patriarcas de la política y la cultura había llegado a estas tierras el tiempo del poder del dinero sin responsabilidad con el consecuente y generalizado apego de la mayoría de las clases medias y altas a su dulce encanto y el ansia de muchos por obtenerlo a cualquier precio.

Consolidación y desarrollo del Estado y empleo público

Un rasgo distintivo de este periodo fue la organización del Estado moderno con el fortalecimiento y la creación de nuevas instituciones y la definitiva solución del conflicto entre Buenos Aires y las provincias. Una vez nacionalizada la Aduana, se federalizó la ciudad de Buenos Aires por ley, quedando como capital definitiva de la Nación en 1880. Ello fue causa del levantamiento derrotado de Tejedor, rival de Roca en las elecciones de ese año, quien se oponía a ese cambio institucional. Como consecuencia de la federalización, al poco tiempo se debió crear la Municipalidad de Buenos Aires para atender los asuntos

locales y se fundó y construyó la ciudad de La Plata con un moderno diseño para que fuera la capital de la provincia.

La política educativa fue quizás el paso transformador más relevante de este periodo. En 1881 se creó el Consejo Nacional de Educación⁷ y en 1884 se promulgó la ley 1420 de educación común y laica que establecía que la educación primaria debía ser gratuita y obligatoria. Aunque su implementación fue gradual⁸, en pocos años se nombraron numerosos maestros y directores de escuela y la Argentina se ubicó entre los países del mundo con mayor grado de alfabetización. Esta ley fue resistida por la Iglesia Católica que había tenido hasta entonces una gran injerencia en la educación. En 1885 se dictó la ley de enseñanza universitaria que regulaba la estructura de las universidades nacionales en el marco de una amplia autonomía. En uso de esa autonomía y como lo ordenaba la ley, las universidades de Buenos Aires y de Córdoba y después la de La Plata dictaron sus cartas orgánicas. La autonomía no garantizó que los cuerpos docentes tuvieran la excelencia adecuada y eso provocó posteriormente la Reforma de 1918.

En la misma dirección hacia el laicismo, en 1884 se crearon las oficinas del Registro Civil para llevar cuenta de los nacimientos, los matrimonios y las defunciones y en 1888 se sancionó la ley de matrimonio civil.

Bajo la presidencia de Sarmiento se había creado el Colegio Militar y la Escuela Naval Militar y desde 1880, ante el peligro de un conflicto con Chile, se fortaleció la estructura militar trayendo instructores alemanes y equipando al ejército con armamento moderno. Finalmente, ante un rebrote de la tensión con Chile, en 1904 se estableció el servicio militar obligatorio para los ciudadanos argentinos.

Antes de la primera presidencia de Roca, la situación monetaria era caótica; circulaban monedas de oro y de plata y billetes provinciales emitidos por bancos privados. Le faltaba a la Nación, una de las más básicas instituciones, su moneda. Esto fue resuelto mediante la creación por ley de la moneda nacional argentina (Museo Roca 2005)⁹. De esa época es también la creación del Banco Nación y del Banco Hipotecario para fomentar el comercio, la industria y sobre todo la construcción de viviendas.

Un logro de la República Liberal, poco reconocido, fue la integración del territorio nacional. No solo por la concreción efectiva de la soberanía nacional sobre las áreas otrora dominadas por los indios con la Campaña del Desierto y las que le siguieron

⁷ Se nombró a Sarmiento primer superintendente general del Consejo Nacional de Educación, pero duró poco tiempo porque renunció al año siguiente enfrentado a todos los consejeros y al ministro de Educación,

⁸ Todavía en 1893 solo había 250.000 alumnos matriculados en unas 3000 escuelas y se calculaba que otros 400.000 niños no estaban escolarizados.

⁹ En los años del gobierno de Juárez Celman se volvió a autorizar a algunos bancos privados a emitir papel moneda (otro rubro de negociados) lo que impulsó la ya importante inflación. Siguió después, idas y vueltas con la convertibilidad del peso papel al oro, pero al menos se mantuvo una sola moneda.

en la Patagonia, el Chaco y Misiones, sino por la organización política de estas áreas en territorios nacionales dependientes del gobierno nacional. Además, todo el país se fue sembrando de escuelas primarias y los juzgados federales se extendieron a las capitales provinciales y a las ciudades más importantes. El Banco Nación, creado durante la presidencia de Carlos Pellegrini en 1891, en diez años ya tenía 71 sucursales diseminadas por todo el país y en 1914 captaba la mitad de los depósitos bancarios.

Los ferrocarriles se extendieron por las áreas productivas, pero en algunos casos alcanzaron también hasta las más remotas regiones contribuyendo a la integración del territorio nacional. Eso fue posible porque a pesar de la concepción liberal dominante, el Estado nacional fue el iniciador y administrador de varias líneas de ferrocarriles y lo mismo hicieron algunas provincias¹⁰. Fue especialmente durante la presidencia de Figueroa Alcorta, ya en los comienzos del siglo XX, que se dio un gran impulso a los ferrocarriles estatales tanto en el norte del país como en la Patagonia. Por otra parte, comenzando en el período juarista y también en otras presidencias, la mayoría de las líneas estatales fueron pasando a manos de compañías inglesas.

La política exterior de Roca y de su ministro de Relaciones Exteriores, Bernardo de Irigoyen, logró desactivar el potencial conflicto con Chile, y terminó con las cuestiones de límites con Brasil. Como resultado, el crecimiento económico de ese período tuvo, entre otras causas, la previsibilidad que otorgaba un futuro de paz sin conflictos externos.

El desarrollo del Estado Nacional, estuvo acompañado, como era lógico, del consecuente aumento del empleo público y de cargos jerárquicos. Pero este justificado crecimiento fue de inmediato superado por la proliferación de empleados públicos más allá de lo necesario. Así se inició esta fatídica enfermedad social que ha sido y es uno de los factores del estancamiento económico del país y es a la vez el remedio que se aplica como consecuencia de la falta de trabajo productivo originado en ese estancamiento. Este círculo vicioso fue acelerado en el siglo XX y en lo que va del siglo XXI por la convergencia de las necesidades populares de empleo y las electorales de los gobernantes de turno.

Un solo caso ya nos ilustra suficientemente. En 1876, mientras se interpelaba en el parlamento al ministro de guerra, Adolfo Alsina, el coronel Álvaro Barros demostró en esa sesión el uso ineficiente del presupuesto militar señalando que mientras el Ejército Argentino era deficiente y atrasado, era además el más caro del mundo costando por soldado más del doble que los ejércitos de Francia o Alemania. Apuntó al exceso de oficiales con sueldos muy altos y a los sueldos miserables de los soldados.

¹⁰ El Estado también propició la extensión de ferrocarriles a regiones poco productivas mediante contratos en los que garantizaba una renta del 7% a las empresas ferroviarias. Esto ha sido denunciado como una malversación del patrimonio público, pero aunque pudo ser así, favoreció la comunicación de zonas y localidades que de otra forma hubieran seguido aisladas.

Según su comparación con los ejércitos europeos, el ejército argentino que contaba con 8.000 soldados debía tener 270 oficiales y 57 jefes de línea, mientras que en cambio contaba con 604 y 302 respectivamente (Pigna 2008). Es un ejemplo prematuro de lo que iba a ser una nueva forma de saqueo al país: el uso abusivo del empleo estatal, en este caso, el militar.

Ya hemos referido en el capítulo 2 las observaciones del periodista italiano Genaro Bevione (1955) al volver de los festejos del Centenario, quien destacaba la voracidad generalizada por el empleo y las pensiones públicas. Pero también tenemos una valiosa referencia autóctona; Mansilla (2003) en las memorias sobre su infancia y su primera juventud se quejaba en 1904 que los impuestos fueran cada vez más altos y lo atribuía al empleo público desmedido. Su explicación era que el gusto por ese empleo era herencia española. Pero en esto no se necesita cargar las tintas sobre la Madre Patria y sus costumbres; había sobradas motivaciones locales.

En los años a que hacemos referencia en este capítulo, la estancia ganadera, principal fuente de riqueza de la burguesía gobernante, como ya comentamos se parecía más que nunca antes a una actividad rentista. ¿Quién de la afortunada clase propietaria se iba a complicar con el comercio o la industria? La tradición comercial que había sido inicialmente común entre las familias terratenientes se abandonó a la iniciativa de los inmigrantes con algún capital y de la industria, ¿quién se iba a complicar? si para eso estaban a la mano y muy difícil de competir las importaciones de las eficientes empresas inglesas o en todo caso de alguna otra firma europea.

Con el comercio y la escasa industria en manos ajenas, la actividad ganadera no alcanzaba para otorgar empleo bien pago y de poco esfuerzo a protegidos y parientes no ricos de la clase gobernante. Parientes bastante numerosos por cierto, porque las familias tenían numerosos vástagos y no todos habían sido agraciados con donaciones o ventas de tierras a precios regalados. Además, los parientes pobres compartían la misma cultura con los más adinerados y por supuesto también la expectativa de un pasar rentista sin preocupaciones. La solución estaba a la vista; dado que el país era supuestamente inmensamente rico, se podía mamar de sus ubres sin fin, es decir del empleo público¹¹.

Este empleo, sin mayores exigencias ni preocupaciones, era una forma modesta, pero de todos modos, bastante aproximada al ideal rentista al que pobres y ricos aspiraban por igual. En especial, la

¹¹ Bevione (1955) describe la jornada de "trabajo" del empleado público de la época del centenario: *Para empezar, el gran trabajo del empleado argentino consiste en no hacer nada. Se presenta en la oficina a la una de la tarde y toma un café que le ofrece el Estado. Fuma, lee los diarios, conversa con el amigo que vino a visitarlo.... estudia proyectos de su interés particular y cuando ya no sabe realmente que hacer, le echa un vistazo a los papeles de la oficina que duermen sobre su escritorio. A las cinco aparece el té, que también le ofrece el Estado. El empleado lo bebe, después se pone el abrigo y se va.*

organización y desarrollo del poder judicial ofreció oportunidades de colocar a amigos y adictos en prestigiosas posiciones en los nuevos juzgados de primera instancia y en las cámaras de apelaciones que se iban creando a lo largo del país.

Los inmigrantes

Hay una opinión generalizada que la inmigración masiva durante la República Liberal fue uno de los principales factores de los cambios sociales y culturales de ese tiempo y que, entre otras cosas, le dio a la Argentina un tinte europeo que la distingue de la mayoría de los países latinoamericanos. La inmigración, y por lógica su influencia, fue más importante en la ciudad de Buenos Aires donde hacia 1914 la población extranjera llegó a ser el 60%. Era importante, pero en menor medida en las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe donde ese porcentaje alcanzaba el 30%.

Con todo, la influencia de la inmigración en el desarrollo de la idiosincrasia nacional fue bastante morigerada por un conjunto de circunstancias que mantuvieron la continuidad en el tiempo de muchas de las creencias, mitos y valores que la conforman. Digamos de paso, que de no haber sido así, el ejercicio que hemos hecho en los cuatro capítulos precedentes no habría tenido sentido. Entre los factores que relativizaron la influencia cultural de la ola inmigratoria, y que discutimos en seguida en esta sección, se cuentan el origen de los inmigrantes, la barrera que implicaba la falta de fluidez en el idioma y el que la inmigración fuera mayoritariamente masculina, lo que favoreció los matrimonios con mujeres argentinas. Muy importante además y muy poco analizado fue el factor integrador de la convivencia desde la infancia entre hijos de inmigrantes de primera generación e hijos de argentinos en los barrios y en las escuelas. También contribuyó la educación primaria común, obligatoria y gratuita con contenidos exaltadores de la nacionalidad y de sus valores. Finalmente debemos contabilizar las condiciones sociales y económicas objetivas que en muchos casos eran una invitación tentadora para la adopción de los valores locales por parte de los inmigrantes y sobre todo de sus hijos¹².

En el capítulo 7 ya hemos mencionado que la élite política sin distinciones coincidía en la necesidad de poblar el país y, en el caso del sector liberal, de su europeización a través de la inmigración para modificar la idiosincrasia de las masas populares. La rapidez del crecimiento económico de Buenos Aires, del Litoral y de algunas otras provincias del Interior agudizó la necesidad de mano de obra que no era fácil conseguir entre la población nativa, en parte por su escaso número y en parte por su actitud respecto del trabajo. Sobre esto, entre otros testimonios, tenemos el de un sobrino de

¹² Por ejemplo en la actitud hacia el trabajo. Uno de los personajes de Roberto Arlt es hijo de italianos; su padre había trabajado tanto que él ya había nacido cansado.

Mansilla, criado y educado en Europa, que a su regreso a Buenos Aires veía como esta necesidad era cubierta improvisada y mayoritariamente por inmigrantes (Latino 1984).

Esta visión sobre la necesidad de poblar el país con inmigrantes quedó plasmada nada menos que en el mismo preámbulo de la constitución de 1853 que abría las puertas *a todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino*. Lo que en realidad se pretendía era traer población europea como quedó explícito en el artículo 25 de esa constitución: *El Gobierno Federal fomentará la inmigración europea; y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno la entrada en territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias, e introducir y enseñar las ciencias y las artes*. Y más aun, como argumentaban reiteradamente Sarmiento y Alberdi, en desacuerdo en tantos otros temas pero en este coincidiendo, se buscaba no solo que vinieran europeos sino que como sucedía en EE.UU., los inmigrantes fueran preferentemente del norte de Europa y con cierta educación (Halperin Donghi 1976; Gallo y Cortés Conde 2005).

No ocurrió así. Excepto por unos pocos, como el personal calificado de las empresas extranjeras, notoriamente el de los ferrocarriles, la gran mayoría de los que vinieron fueron de origen muy humilde, mayormente campesinos con poca o ninguna alfabetización. Llegaron desde regiones, entonces muy pobres, principalmente de Italia, España, y del Imperio ruso¹³. Veían a la Argentina como una oportunidad para escapar de las estrecheces y miseria que soportaban. No era ese el caso de quienes habitaban las regiones más ricas del norte de Europa, a los que los salarios y condiciones de vida del país no le resultaban demasiado atractivos¹⁴. Este fue un primer ingrediente que facilitó la asimilación cultural de los inmigrantes. Si bien se los prefería por su docilidad y compromiso con el trabajo y aunque ellos mismos sentían cierto prurito de superioridad respecto de la clase baja argentina, su escaso bagaje intelectual los hacía más permeables a la presión cultural del ambiente, cosa que no hubiera ocurrido tan fácilmente con los anhelados nórdicos. De hecho los descendientes de los pocos de estos últimos que vinieron se asimilaron más lenta y tardíamente.

¹³ En esos tiempos el imperio ruso englobaba a Ucrania y Polonia, desde donde llegaron muchos inmigrantes, que fueron contabilizados como rusos.

¹⁴ En 1895 la crisis de 1890 con su consiguiente default de la deuda pública y la recesión habían quedado atrás. Por ese año el dirigente obrero Adrián Patroni hizo un detallado informe sobre los trabajadores argentinos publicado luego por García Costa (1990). El informe discrimina los salarios y horas de trabajo por gremios y oficios y hasta por establecimientos fabriles. En algunos casos compara a Buenos Aires con otras ciudades. En la construcción, los salarios en Estados Unidos eran más del doble a pesar de ser de jornadas de 8 horas, mientras que aquí eran de 10. A su vez, eran menores en Lieja, Berlín y Turín, pero algo mayores en París. En el caso de los metalúrgicos eran sustancialmente mayores en el norte de Italia y solo algo mayores en París.

Entre 1870 y 1915 llegaron alrededor de 5.000.000 de inmigrantes europeos, la mayoría, italianos y españoles. Los primeros eran más de la mitad de los extranjeros en 1895 y el 13% de la población total. Luego creció la llegada de españoles y en el censo de 1914 estos representaban el 10% de la población, mientras los italianos se mantenían en un 12%. En menor medida hubo inmigración de otras nacionalidades, como judíos, especialmente de Polonia y Rusia, y también sirio-libaneses, armenios, rusos y polacos entre otros. Aunque escasa, hubo algo de la deseada inmigración de británicos, alemanes y otros nórdicos europeos.

La primera dificultad que afrontaban los inmigrantes era la barrera idiomática que los ponía en situación de inferioridad. No se crea que de esta limitación estuvieron libres los españoles, ya que la gran mayoría provenía principalmente de Galicia, Cataluña y del País Vasco donde el castellano no era la lengua principal y los inmigrantes con escasa o ninguna escolaridad lo desconocían o, a lo sumo, lo chapurreaban como podían¹⁵. La similitud del italiano con el castellano no era tampoco demasiada ventaja y el cocoliche que ensayaban para comunicarse era también frecuentemente motivo de burla. ¿Y qué decir de los demás extranjeros con aun mayores dificultades? Como reflejo de estas situaciones, en el teatro picaresco de la época era frecuente el recurso cómico del extranjero hablando torpemente.

Expresarse correctamente es una señal de inteligencia e inconscientemente la gente intuye acertadamente que en general quien habla bien, piensa bien y lo contrario de quien lo hace mal. Esto es así en todas partes y ha sido así en todos los tiempos, pero claramente es una percepción errónea cuando se trata de estimar la inteligencia de gente que tuvo otro primer idioma. El extranjero hablando como puede, a veces da lástima y otras risa, o las dos cosas a la vez, pero siempre alimenta una sensación inconsciente de superioridad entre los oriundos del lugar, que no puede dejar de impresionar al extranjero y lo vuelve más permeable a la ponderación de los valores y creencias locales. De esta percepción errónea no estuvieron exentos ni siquiera los hijos de los inmigrantes respecto de sus padres, lo que contribuyó, junto con otros factores, a que aceptaran más fácilmente los valores argentinos.

Como antes en la Colonia y durante todo el siglo XIX, la mayoría de los inmigrantes fueron hombres en edad de trabajo y aunque también llegaron familias, la inmigración masculina superaba largamente a la femenina. Entre 1910 y 1914, de la población extranjera de entre 13 y 60 años el 75% eran hombres (Tornquist 1920). Por eso en el total de la población, los hombres excedían a las mujeres en un 20% y eso era todavía mayor entre los

¹⁵ El caso peor era el de los gallegos porque la cercanía de su idioma con el castellano, les permitía expresarse en su lengua y esto hacía creer que hablaban mal de puro brutos.

jóvenes y en la ciudad de Buenos Aires en los que el porcentaje de extranjeros era más alto.

Esa fue una primera causa de que abundaran los matrimonios entre inmigrantes y mujeres argentinas, pero no la única. En las clases populares argentinas era frecuente el vínculo informal en las parejas y en muchos casos, después que se disolvía, las mujeres quedaban a cargo de los hijos sin ninguna ayuda por parte del padre ausente¹⁶ (Jauretche 1982). En cambio, los extranjeros eran generalmente más proclives a constituir una familia formal¹⁷ y a eso agregaban su dedicación al trabajo, su ansia de mejorar económica y socialmente, todas actitudes conducentes a una mayor seguridad familiar, muy valorada por las mujeres a la hora de elegir; cosa que hacían con la ventaja que les daba su escaso número relativo. Pero no por elegir las convenientes condiciones que aseguraba el matrimonio con el inmigrante, las mujeres dejaban de compartir las creencias, mitos y valores locales, en suma la idiosincrasia nacional. Idiosincrasia que transmitieron a sus hijos por la decisiva influencia que la madre tiene en la primera infancia que es cuando se forma la personalidad. Esto lo comprobaba Biale Massé (2010) quien decía: *el nieto de extranjero y de argentina apenas conserva del abuelo el apellido, pero nada de sus costumbres y modo de ser.*

En tiempos en que la comunicación era solo personal, la tendencia de los niños a desarrollar una subcultura propia, transmitida de generación en generación, era mucho mayor que ahora. Aunque diferenciada de la de los adultos, esa subcultura no podía dejar de compartir muchos de sus valores y creencias y a ella se encontraban expuestos los niños de cualquier origen cuando compartían y socializaban en el vecindario y la escuela. La asimilación a la cultura local de los hijos de inmigrantes resultó inevitable porque los hijos de argentinos eran mayoría y porque lo habían sido también en las generaciones pasadas que habían ido legando generación tras generación la subcultura de la infancia.

En eso, la escuela pública jugó un papel determinante en la asimilación buscada y no buscada de la inmigración; la primera a través de una enseñanza orientada a fomentar el patriotismo, la segunda por el contagio de la idiosincrasia nacional en la convivencia diaria de los niños. La eficacia de la escuela pública en esta integración se debió a la obligatoriedad y gratuidad establecida para el nivel primario por la ley 1420 que permitió la escolaridad masiva e hizo inviables, o al menos poco atractivas, las escuelas de las mayores comunidades extranjeras.

Los autores de la generación del 80 o anteriores, ya habían provisto los bloques historiográficos fundamentales para construir una enseñanza exaltadora de la nacionalidad, esencial para la preservación del Estado en medio de la enorme ola inmigratoria.

¹⁶ De ahí proviene la expresión *gente bien* para referirse a gente acomodada económica o socialmente, que si tenía una estructura familiar formal.

¹⁷ Además, los inmigrantes tenían en general una mayor fe religiosa que la clase popular argentina y en consecuencia eran más proclives al vínculo matrimonial.

Pero fue recién a partir de 1908, con José María Ramos Mejía como presidente del Consejo Nacional de Educación, que se estableció en la escuela primaria una explícita liturgia patriótica orientada a la integración de los inmigrantes, cuidando de no fomentar su exclusión (Halperin Donghi 1976). Esto se acentuó con la creciente reivindicación cultural del gaucho de la que también había material literario abundante. En todo caso y a pesar del intento inicial de usar la educación como una herramienta de europeización, fue al contrario, por uno u otro motivo, un factor decisivo en la continuidad temporal de la idiosincrasia argentina con todo lo bueno y malo que eso pudo significar.

El proceso de asimilación cultural fue más fácil para la gran mayoría de los inmigrantes, que eran italianos y españoles, porque traían consigo algunos aspectos culturales ya compartidos por los argentinos. Es posible que en esos aspectos, la ola inmigratoria haya contribuido a perpetuarlos. Es el caso de la hostilidad y desconfianza hacia el estado y los gobiernos y la tendencia a confiar más en las personas que en las instituciones. En Italia había un dicho, por demás elocuente en este sentido, que se burlaba de la costumbre de achacar todos los males al gobierno: *tempo cattivo, ¡governo ladro!*¹⁸

En resumen, con la masiva inmigración europea propiciada por la élite liberal solo se alcanzó muy parcialmente el objetivo buscado. No se logró reemplazar totalmente la idiosincrasia de las masas populares y ni siquiera la de la clase media, clase a la que la inmigración contribuyó a aumentar. No influyó demasiado, como hubiera sido dable esperar en lo referente a los valores y creencias de sus descendientes, aunque lo hizo algo más en sus actitudes frente a la vida cotidiana. Quizás el mayor impacto que produjo la inmigración europea fue la adopción masiva por parte de las clases humildes de una estructura familiar estable, lo que fue uno de los determinantes de la movilidad social ascendente a lo largo del siglo XX. A pesar de ello y como consecuencia de la inercia con que se perciben las nuevas realidades, la figura materna fue la referencia familiar dominante como se aprecia en la poesía tanguera de las primeras décadas de ese siglo. La enorme inmigración dejó, por cierto, otras innumerables huellas en aspectos visibles, aunque menos determinantes de las conductas sociales, por ejemplo en la comida, especialmente la italiana o en el fútbol traído por los ingleses. En lo referente a la cultura, entre los inmigrantes hubo maestros del arte y de las ciencias que si fueron importantes para su progreso.

Las condiciones sociales, reclamos y reacciones

Las condiciones sociales de los trabajadores eran muy distintas en las grandes ciudades de las del ámbito rural de la Pampa Húmeda y de las actividades mano de obra intensiva del norte del país. En

¹⁸ Mal tiempo: ¡gobierno ladrón!

este último, en las grandes plantaciones, obrajes, ingenios o minas, se daban condiciones de cruda explotación con jornadas de 12 y hasta 14 horas de trabajo como informaba Biale Massé (1904) y que ya hemos comentado en el capítulo 2. Incluso bien entrada la década de 1890 se siguió usando la *papeleta*, instrumento de dominación cuasi feudal como hemos descrito en el capítulo precedente. Esto permitía una rentabilidad empresarial comparable a las de los terratenientes de la Pampa Húmeda, donde provenía básicamente del capital basado en la tierra y el ganado y donde el salario de los peones casi no incidía en los costos. Por eso las condiciones sociales de los trabajadores rurales de esta región eran en general mucho mejores que en el Norte.

En la Pampa Húmeda había además colonias agrícolas, arrendatarios y comerciantes, generalmente inmigrantes, que aunque no exentos de sacrificios y de las vicisitudes económicas, fueron en definitiva conformando una numerosa clase media rural. También en esta región había numerosos trabajadores ferroviarios que en general estaban bien pagos; probablemente porque muy temprano tuvieron una exitosa y combativa organización sindical (Gallo y Cortés Conde 2005) o porque las ganancias del capital en esta actividad eran tan importantes¹⁹ que se podían permitir salarios generosos, o quizás por ambas cosas a la vez.

En Buenos Aires y en las grandes ciudades, los ingresos de los trabajadores domésticos, de los servicios y de la incipiente industria sufrieron variaciones según los periodos de crisis o de expansión económica, los que no afectaron tanto a los trabajadores del campo. Pero en general, eran suficientes para una adecuada alimentación, especialmente debido al precio de la carne, muy accesible de acuerdo a los salarios (Latino 1984). Estos bastaban también para cubrir las otras necesidades que en aquel tiempo eran muy limitadas. Muy probablemente por ello, las huelgas y reclamos obreros no estuvieron tan orientados, como lo están ahora, hacia el monto del salario, sino más bien hacia la mejora de las condiciones de trabajo, muy particularmente en lo atinente a la reducción de la jornada que se pedía limitar a 8 horas (Gallo y Cortés Conde 2005).

Los salarios permitían el ahorro, el que según el caso se concretaba o no. Los argentinos, mayormente fieles a su tradición adicta a todos los lujos y derroches posibles, no ahorran mientras que los inmigrantes en su mayoría buscaban mejorar socialmente invirtiendo en su vivienda, en pequeñas industrias o comercios y/o en la educación universitaria de sus hijos. Una prueba de la capacidad de ahorro de los inmigrantes es el movimiento migratorio; entre 1874 y 1891; del millón y medio de ingresantes al país un 30% salió de vuelta (Tornquist 1920). Volvían porque no se habían cumplido sus expectativas o lo hacían temporariamente y regresaban de nuevo a la Argentina, pero en cualquier caso se

¹⁹ Eran superiores al promedio de las rentas del capital en el mundo y estaban protegidas por la garantía que les daba el Estado de una rentabilidad no inferior al 7% (Gallo y Cortés Conde 2005)

habían permitido costear el viaje. Incluso, entre los viajeros había migración golondrina que solo llegaba para la cosecha, entonces mayormente manual del maíz, y que con lo que ganaban, no solo se pagaban el viaje, sino que hacían una diferencia que se llevaban de vuelta a Europa. Pero también estaban quienes, a pesar de ser simples trabajadores, se permitían ir y volver por diversas razones²⁰.

Las condiciones sociales tuvieron su peor costado en la vivienda. En Buenos Aires y en las otras grandes ciudades, la ola inmigratoria superó largamente la infraestructura edilicia a pesar de la acelerada construcción que expandía continuamente los límites de la ciudad. Aprovechando la escasa disponibilidad de viviendas, los propietarios hicieron pingues ganancias al alquilar separadamente las habitaciones de las viejas casonas. A estas viviendas, donde en promedio vivían unas 50 personas, se las llamó conventillos, palabra que quedó incorporada en nuestro lenguaje como sinónimo de disputas en medio de un desorden generalizado, lo que ilustra sobre el clima de tensiones que se vivía en esas casas superpobladas.

En 1898 Adrián Patroni, dirigente socialista, los describía así: *El conjunto de piezas, más bien que asemejarse a habitaciones, cualquiera diría que son palomares; al lado de la puerta de cada cuarto (donde viven 4 o 5 personas), amontonados en completo desorden, cajones que hacen las veces de cocina, tinas de lavar, receptáculos de basura..... que por lo reducido de la habitación tiene que quedar a la intemperie* (García Costa 1990). Otra referencia de la época es la de un periodista inmigrante italiano, Latino (1984), quien cuenta de las condiciones miserables en que se vivía en los conventillos en medio de basura, sin luz, con olores desagradables y aire viciado.

Según esta última referencia, la mayoría de quienes vivían en los conventillos no tenía otra opción debido al escaso dinero que ganaban, pero había otros, siempre extranjeros, que aunque tenían ingresos como para alquilar en mejores condiciones, vivían allí por avaricia en la desesperación por ahorrar dinero para traer su familia de Europa o progresar económicamente. De ellos narra sarcásticamente un caso: *En la octava pieza viven 7 italianos, solteros unos y con familia en Italia otros..... que habiéndose juntado para realizar el milagro de vivir opíparamente con 25 centavos al día cada uno comprendiendo el alquiler; siguiendo en la novena pieza 5 changarines gallegos que envidian a sus vecinos porque saben vivir con tres centavos menos por barba, cosa que hace tiempo los tiene cavilosos.*

En 1880 los ocupantes de conventillos eran unos 60.000, el 18% de la habitantes de Buenos Aires. En 1887 ya se habían duplicado, 116.00 y representaban el 26% de la población. El porcentaje fue disminuyendo, 14,5% en 1904 y alrededor del 9% en 1919

²⁰ Entre 1906 y 1926, mi abuela fue y vino por lo menos en tres ocasiones y mi padre en una.

(Rapoport 2017). Los conventillos se habían casi extinguido hacia mediados del siglo XX, aunque su moderno correlato se puede encontrar todavía en la Boca donde hay unas 300 casas de ese tipo²¹ y en las numerosas villas donde increíblemente se alquilan habitaciones en casas de varios pisos construidas sin apego a ninguna normativa y sin ningún título de propiedad, otro que la antigüedad de una ocupación de hecho.

El problema de las abusivas condiciones de vivienda se fue incluyendo lentamente en las demandas sociales, y solo en 1907 estalló una huelga general de inquilinos. Como con otras cuestiones sociales, por motivos distintos, criollos e inmigrantes coincidían mayoritariamente en no involucrarse en acciones colectivas, privilegiando sus alternativas individuales. Pero hacia 1907 se había agudizado la ola inmigratoria y consecuentemente la escasez de vivienda. Esto derivó en brutales aumentos del 100% en los alquileres y solo entonces se produjo la primera gran reacción colectiva de los inquilinos.

Las precarias condiciones de vivienda de los trabajadores eran de distinto tipo según las regiones del país, pero siempre miserables. Así por ejemplo, George Clemenceau²², quien viajó por el país en 1910, decía de las casas de los obreros de Tucumán que eran chozas indescriptiblemente precarias (Landaburu 2015). En general en todos los ámbitos rurales los ranchos eran pobrísimos, pero al menos no se vivía en el hacinamiento de las ciudades y aun en estas, siempre que podía, el argentino prefería no vivir en los conventillos (Bialet Massé 2010).

En la Pampa Húmeda y en la región central de la Argentina, los pocos establecimientos agropecuarios que contaban con numerosos peones o que los contrataban para las cosechas, no les brindaban otro alojamiento que galpones con piso de tierra sin ningún mueble y en los que debían arreglarse como podían, durmiendo en el suelo sobre improvisados lechos de paja o de cueros²³.

Las organizaciones sindicales y las expresiones políticas del movimiento obrero se desarrollaron lentamente y no alcanzaron un poder de presión muy significativo durante la República Liberal. Su progreso no se facilitó debido a la concurrencia de la actitud de los trabajadores respecto de estas organizaciones y la estructura de las actividades económicas. Las actividades primarias, básicamente agropecuarias, mantuvieron un alto porcentaje de la mano de obra, 38% en 1895 y 28% en 1914. En ellas, los trabajadores en su mayoría eran argentinos, estaban dispersos y poco comunicados. En cambio, en las actividades manufactureras el porcentaje de extranjeros era cercano al de los argentinos, pero la mayoría de los trabajadores también estaba dispersa en pequeños talleres porque

²¹ El Defensor del Pueblo de la Ciudad ha conducido una investigación que encontró que en las casas de inquilinato y hoteles precarios de la ciudad de Buenos Aires viven unas 250.000 personas.

²² Primer ministro de Francia en 1906 y entre 1917 y 1920.

²³ Me lo refirió mi padre quién entre 1914 y 1918 trabajó en varias estancias de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y San Luis.

había muy pocos establecimientos industriales con un número importante de trabajadores que pudiera facilitar la organización gremial.

Pero el factor más determinante que demoró la organización sindical y restó adeptos a los movimientos políticos revolucionarios que en ese tiempo prosperaban en Europa, esto es el anarquismo y el socialismo, fue el escaso interés de los trabajadores, tanto inmigrantes como argentinos. Entre los primeros, la falta de sentido de pertenencia los alejaba de la participación en la vida política o gremial mientras dirigían sus energías hacia el progreso personal. Esta actitud era consistente con la concreción, en la mayoría de los casos, de las expectativas de una mejor vida y hasta de ascenso social que los habían empujado a dejar su lugar de origen.

En cuanto al trabajador argentino, conservaba un acendrado apego a su libertad personal que no había sido quebrado por las condiciones de servidumbre a los que había sido sometida la población rural en las décadas precedentes. Entre esa libertad estaba la de disponer de su propiedad, mucha o poca, así se tratara de su pobre rancho, de su caballo o del escaso dinero con el que compraba sus "vicios" y sus "lujos". Bialek Massé (2010), quien convivió por cuatro años con los trabajadores de todas las provincias y estudió de primera mano sus condiciones de trabajo y sus ideas, arribó a la conclusión que: *difícilmente se encuentre un pueblo que tenga tan desarrollado el instinto de la propiedad que el pueblo argentino en el Interior*. Según este autor, los trabajadores argentinos veían con simpatía la oratoria de los activistas a favor de mejores salarios, jornadas de 8 horas y otras reivindicaciones, pero desconfiaban de sus doctrinas y de sus resultados. De las doctrinas, no porque no las entendieran, sino al contrario; no encontraban ventaja alguna en un orden colectivista o comunista en el que percibían el cercenamiento de sus libertades. De los resultados, Bialek Massé dice que los trabajadores del Norte estaban escarmentados por la experiencia de las comunidades originarias donde no todos tenían los mismos beneficios y los más fuertes o astutos se beneficiaban con la mejor parte. La actitud popular frente a las ideas revolucionarias la ejemplifica en las propias palabras de un cuasi anarquista cordobés que después de leer a los teóricos del anarquismo le dijo: *Lo de siempre, los que tengan la proveeduría se comerán los lomos y dejarán para los demás los huesos del espinazo*.

Por un motivo u otro, las organizaciones gremiales y políticas de los trabajadores no llegaron a inquietar seriamente a la clase gobernante, aunque esta tomó algunos recaudos para obstaculizar su accionar. Ello se debió a que los activistas anarquistas, si bien no tenían una convocatoria masiva, actuaban en ocasiones con agresividad. Siguiendo a una ola inusual de huelgas al comienzo del siglo y partiendo del supuesto de que los activistas, eran mayoritariamente extranjeros, se sancionó en 1902 la ley de Residencia que daba al gobierno la facultad de expulsar a los inmigrantes sin la necesidad de enjuiciamiento. De inmediato, fueron deportados una veintena de italianos y españoles. Pero en los

56 años que esa ley tuvo vigencia se aplicó apenas esporádicamente en casos aislados y solo masivamente en sus primeros tiempos a los activistas gremiales y políticos. Otros recursos fueron la represión policial y parapolicial de manifestaciones, el asalto a locales sindicales y el decreto del estado de sitio con la suspensión de las garantías individuales. Los años de mayor conflictividad fueron los cercanos al Centenario de la Independencia, pero desde 1912 a 1916 esta se redujo considerablemente debido al aumento de la desocupación que pasó del 5 al 15% y puso a la defensiva a los trabajadores (Rapoport 2017)

Por otra parte, la clase dirigente no dejaba de advertir los síntomas de un creciente descontento con las prácticas abusivas en el trabajo y por ello los legisladores socialistas, Alfredo Palacios entre ellos, consiguieron que algunas de sus propuestas legislativas a favor de los trabajadores fueran aprobadas con el concurso de una parte de las mayoritarias bancadas de los partidos tradicionales²⁴.

Como en toda aguda transformación de la estructura social, en los últimos años de la República Liberal se generaron tensiones y políticas contradictorias. Aunque los extranjeros eran preferidos en los puestos de trabajo y hasta en algunos casos se les pagaba más, eso no provocó mucho malestar entre los sectores populares. Lo que sí hubo fue un antagonismo cultural y cierto desprecio mutuo, que salvo casos aislados no se tradujo en violencia y ni siquiera en actitudes hostiles. Por su parte, la clase dirigente, a la vez que apreciaba el rol de los extranjeros en el progreso material y cultural, empezó a advertir que eso no era totalmente gratuito; junto con los sumisos y laboriosos inmigrantes venían ideas preocupantes para el status quo imperante y sus peligrosos portadores, responsables de huelgas, disturbios y hasta de algún acto aislado de terrorismo.

Fue para algunos intelectuales el momento de la reivindicación de los valores tradicionales argentinos; incluso de los que la clase dirigente liberal había tratado de extirpar con la gran apertura inmigratoria. Paradigmático de este cambio de la óptica cultural fue la exaltación del gaucho independiente, lo que por otra parte no tenía costo de ningún tipo porque ya no existía.

Los argentinos del 900

La convivencia con los inmigrantes europeos evidenció las diferencias culturales entre ellos y la población argentina; mucho más entre las clases populares donde la cultura originaria no estaba tan esmerilada como en las clases altas que habían estado expuestas a las ideas y costumbres europeas.

Cada grupo tenía sus habilidades que valoraba por encima de las del otro. El criollo era diestro en las tareas propias de la actividad ganadera, el gringo en cambio no manejaba el lazo ni era buen jinete, pero sabía de agricultura. En la ciudad, los inmigrantes traían el conocimiento de artes y oficios mientras que los criollos eran

²⁴ Por ejemplo, la ley del descanso dominical

uchos en el transporte que se hacía en base a la tracción animal y en el trabajo en los frigoríficos. Debido a sus diferentes habilidades no competían mucho, pero al mismo tiempo también se despreciaban un poco, más que nada por sus distintos valores y actitudes frente a la vida cotidiana.

Para el argentino de ese tiempo no existía la preocupación por el mañana con su correlato de dedicación al trabajo, al ahorro y a la búsqueda del progreso material. Disfrutaba todo lo que podía del presente, seguro de que no iba poder cambiar el futuro. Todavía ahora esto es moneda corriente entre muchos compatriotas. Vimos en capítulos anteriores que esta mentalidad se había desarrollado primero por la seguridad que brindaba la abundancia del alimento y consolidado después de la Independencia por los largos años de guerras y conflictos; contexto violento y azaroso que tornaban inútiles las previsiones por un futuro probablemente inexistente.

Cuando cesó la violencia, y la paz y el orden fueron la norma y no la excepción, esta forma de ser dejó de tener demasiado sentido, pero la fuerza de la costumbre la mantuvo vigente. En el nuevo orden, esta actitud no ayudaba a aprovechar las oportunidades de progreso económico, como si lo hacían los inmigrantes, y contribuía a mantener a la mayoría de los argentinos en la pobreza. Se retroalimentaba así su cultura dispendiosa, ya que para quien vive pobre y sin perspectiva de cambio es natural que no se prive de los pocos placeres del momento que pueda tener. De ahí su gran afición a las diversiones y las emociones intensas y a los pocos lujos que se podía permitir. Su despreocupación por el futuro lo hacía generoso en extremo y obviamente despreciaba al avaro. Consecuencia de esta generosidad era su proverbial hospitalidad, particularmente en la campaña, donde no dudaba en compartir su comida y sus escasas comodidades con huéspedes ocasionales y hasta desconocidos (Bialet Massé 2010).

No se vivía la pobreza con humildad y servilismo, al contrario, el pobre se jactaba de sus valores y se burlaba del éxito de los inmigrantes y hasta de los poderosos a quienes en cierta forma despreciaba cuando su condición de privilegio no era fruto de sus cualidades personales, sino de sus vinculaciones sociales o del dinero. Esto último venía de lejos, y ya Rosas y otros caudillos habían visto la necesidad de exhibirse con las mismas virtudes y habilidades propias de sus seguidores. Y todavía esa actitud persiste en el pueblo, plasmada en el dicho: *con plata cualquiera es vivo*.

El argentino de ese tiempo tenía una acendrada vocación por la ostentación de lo que consideraba sus virtudes personales, su libertad, lealtad, generosidad y coraje, y sus habilidades en el trabajo o en el canto y la música, y cuando la vida ciudadana fue degradando sus valores, en su mítica viveza criolla. En la campaña extendía su ostentación a las cosas cercanas a su persona, el caballo, la ristra de monedas de oro o plata que usaba como cinturón cuando las tenía. Esta ostentación buscaba dar un aire de superioridad con el cual provocar la admiración de terceros o al menos la autovaloración propia, lo que ciertamente chocaba a las gentes de

otras culturas y ha sido una de las causas de la antipatía de los pueblos vecinos y de parte de los inmigrantes.

¿De dónde vino esa casi patológica necesidad de ostentación? Con un pasado de gran población rural, de ella proviene buena parte de nuestra idiosincrasia. Y esa población era nómada o no tenía vivienda segura y adecuada para lo que tenía de valor, así que lo debía llevar consigo. Y llevarlo oculto era casi una cobardía o una señal de avaricia, ambas cosas despreciables en esa cultura bravía. No cabía otra cosa que exhibirlo. Esto mismo han hecho las gentes de otros pueblos nómades con su riqueza, exhibiéndola en sus joyas. Y también esa ostentación era un signo de la confrontación con un orden social hostil donde sus virtudes eran despreciadas, lo que sin embargo no mellaba la arraigada confianza en sí mismo; autovaloración heredada de la convicción que da el saberse superior al medio natural al que dominaba con destreza y coraje. O quizás más hipotéticamente provenía de una infancia sin la figura paterna en la que buscar aprobación. Como sea, esta actitud ostentosa perduró y se puede descubrir en la música popular forjada en ese tiempo, el tango. Hay en su música un algo de narcisismo y ostentación, de *"aquí estoy yo"* que se percibe más claramente en su danza.

Bialet Massé (2010) decía que el argentino era muy localista. En esto no era muy distinto de otros pueblos, aunque posiblemente lo fuera en forma algo más exacerbada como para llamar la atención de nada menos... ¡que un catalán! Como el pueblo o el barrio era algo próximo a la persona, posiblemente fuese parte de su tendencia a la ostentación. Por lo que fuera, las letras de tango y de la música folklórica abundan con referencias laudatorias y frecuentemente evocativas del barrio o del pago.

El argentino de ese entonces, rico o pobre, sentía orgullo por su nacionalidad, tema del que ya hablamos en capítulos anteriores y que seguramente se fue consolidando por la prédica y liturgia patriótica que se impartía en la ya masiva escuela pública. También pudo ser una reacción espontánea como escudo frente a los numerosos extranjeros que llegaban y a quienes en muchos casos se los veía progresar mucho más que a la población local. Cualquiera fuera la causa, entre los argentinos estaba muy extendida la idea que vivían en el mejor país del mundo, cosa que en ciertos casos molestaba a los extranjeros, visitantes o inmigrantes, quienes reaccionaban con una visión demasiado crítica sobre el país y su gente.

Se esperaba todo del Estado y muy poco de la iniciativa personal. No se estaba demasiado equivocado; al fin de cuentas, desde el fondo de nuestra historia, el Estado había sido el gran dispensador de riquezas y beneficios y más recientemente de cómodos empleos públicos. Esto contribuía a menguar la iniciativa individual, lo que no ayudó al crecimiento económico y social. Consecuentemente, también se atribuían todos los males a los gobiernos de turno, en los que se volcaba la ya tradicional

animosidad de las clases populares hacia el poder del Estado, ya forjada en los siglos precedentes.

Estos rasgos culturales, tanto de los que hemos hecho especial mención en esta sección como de los que hablamos al pasar a lo largo del capítulo, se encuentran todavía, unos más otros menos, entre los argentinos, aunque en algunos casos atenuados por la evolución cultural y social de un siglo muy dinámico.

Referencias

Bevione, Genaro 1955: *Argentina 1910, Balance y Memoria: Ed. Leviatán*. Buenos Aires, 189 págs.

Bialet Massé, Juan 2010: Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas, Volumen I. Presentado en 1904. *Ministerio de Trabajo, Provincia de Buenos Aires*, 395 págs.

Botana, Natalio 2012: El Orden Conservador. *Editorial Edhasa*. Buenos Aires, 352 págs.

Campobassi, José 1962: Sarmiento y Mitre. Hombres de Mayo y Caseros. *Editorial Losada*. Buenos Aires, 372 págs.

Cané, Miguel 1999: Juvenilla. Primera edición 1901. *El Aleph*. Elaleph.com.ar. 96 págs.

Gallo, Ezequiel y Cortés Conde, Roberto 2005: Historia Argentina, volumen 5. La República Conservadora. *Editorial Paidós*. Buenos Aires, 247 págs.

García Costa, Víctor 1990: Adrian Patroni y los trabajadores en la Argentina. *Centro Editor de América Latina*. Buenos Aires, 126 págs.

Giordano, Verónica 2000: La corrupción política en Argentina, 1886-1890. Una mirada desde The Times de Londres. *Memoria académica, repositorio de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la Plata*. N° 7, págs. 251-268. www.fahce.unlp.edu.ar.

Halperin Donghi, Tulio 1976: ¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914). *OPEN AcCESS*.| DOI: <https://doi.org/10.7788/jbla-1976-0129>.

Jauretche, Arturo 1982: El Medio Pelo en la Sociedad Argentina. *A. Peña Lillo editor S. R. L.* Buenos Aires, 389 págs.

Landaburu, Alejandro 2015: Paternalismo empresario y condiciones de vida en los ingenios azucareros tucumanos. Fines del siglo XIX y principios del XX. historiaregional.org/ojs/index.php/historiaregional/article/view/15/125.

Latino, Aníbal 1984: Tipos y costumbres bonaerenses. Primera edición 1888. *Hyspanoamérica Ediciones Argentinas S. A.* Madrid, 306 págs.

Luna, Félix 1989: Soy Roca. *Editorial Sudamericana*. Buenos Aires, 495 págs.

Mansilla, Lucio 2003: Mis memorias. Primera edición 1904. *Biblioteca Virtual Universal* www.biblioteca.org.ar/libros/71113.pdf. 140 págs.

Museo Roca 2005: Julio Argentino Roca, Biografía visual, 1843-1914. *Museo Roca- Instituto de Investigaciones Históricas*. Buenos Aires, 61 págs.

Ortega y Gasset, José 2004: La rebelión de las masas. *Biblioteca de los grandes pensadores*. Barcelona, 318 págs.

Peña, Milcíades 2014: Historia del Pueblo Argentino. *Ed. Planeta*. Buenos Aires, 543 págs.

Pigna, Felipe 2008: Cuando la historia parece repetirse: maniobras corruptas en el Ejército, *Diario Clarín*, 1 de junio de 2008.

Pigna, Felipe 2018: El Historiador - Biografías - Miguel Juárez Celman y la Revolución de 1890.
https://www.elhistoriador.com.ar/biografias/j/juarez_celman.php.

Rapoport, Mario 2017: Historia económica, política y social de la Argentina 1880-2000 2018. *Ediciones Emecé*. Buenos Aires, 975 págs.

Romero, José Luis 1990: Breve historia de la Argentina: *Huemul, División de Editorial Abril*. Buenos Aires, 226 págs.

San Román. María C. 1992: Evolución de los partidos en "Consolidación del Estado, 1890 -1900 de la Historia de la Argentina". Director Félix Luna. *Editorial Sarmiento S. A.* Impreso en Colombia, págs. 41-43.

Sarmiento, Domingo F. 1883: Artículo en *El Nacional* del 2 de julio.

Sarmiento, Domingo F. 1885: Artículo en *El Censor* del 1 de diciembre.

Sarmiento, Domingo F. 1885: Artículo en *El Censor* del 18 de diciembre

Tornquist, Ernesto 1920: El desarrollo económico de la República Argentina en los últimos 50 años.

